

Dossier

La Economía

¿Ciencia o Pseudociencia?

Bernard Guerrien. (Profesor de la Universidad París 1. Panthéon- Sorbona)

Traducido por Karlos Murga e Inmaculada León

Publicado originalmente en la revista *AFIS Science et pseudoscience* nº 269



Foto: www.flickr.com/photos/bitzcelt/

La economía, como disciplina, puede dejar perplejo a un observador ajeno a ella.

Por un lado, a los economistas se los suele considerar charlatanes que utilizan un lenguaje oscuro y hacen predicciones dudosas, cuando no contradictorias; por otra parte, utilizan con profusión las matemáticas (solo la física teórica lo hace con mayor frecuencia que ellos en sus publicaciones académicas) lo que se considera generalmente un signo de rigor y valor científico.

¿Cómo explicar esta paradójica situación? En primer lugar, la complejidad del objeto de sus reflexiones no permite un contraste experimental entre distintas teorías. John Stuart Mill decía, hace ya mucho tiempo, que su mayor obstáculo es la dificultad para diseñar experimentos sobre los fenómenos sociales, dada la multitud de parámetros que hay que tener en cuenta y su permanente movilidad. La reproducibilidad es, en consecuencia, imposible, “porque sería imposible reconocer y registrar todos los aspectos de cada caso”, y también porque exigiría un tiempo demasiado largo para analizar todas las condiciones que se van presentando y neutralizando mutuamente poco a poco.

Ciertamente, podría argumentarse que en astronomía, por ejemplo, tampoco es factible realizar experimentos. Pero “las causas que influyen en el resultado son poco numerosas, cambian poco y siempre según leyes ya conocidas”, lo que permite hacer predicciones. “Por el contrario, las circunstancias que actúan sobre las condiciones y el funcionamiento de la sociedad son innumerables y cambian constantemente; y aunque esos cambios obedecen a unas causas y, por tanto, a unas leyes, la multitud de causas es tal que desafía nuestra capacidad de cálculo. Añadamos que la imposibilidad de aplicar cifras concretas a hechos de tal naturaleza supone un límite infranqueable a la posibilidad de hacer predicciones, y no parece que la inteligencia humana se encuentre a la altura de semejante tarea”.

Un método hipotético-deductivo.

Mill no dijo que no debiera hacerse nada. Por el contrario, pensó que era necesario adoptar lo que se llama el “método físico”, consistente en deducir a partir de un pequeño número de hipótesis sencillas las propiedades que actuarían como tendencias: sin hacer predicciones exactas, intentar ver la dirección del movimiento. Así explica que, descomponiendo cada tendencia, sus causas observables y sus efectos individuales sobre la sociedad, se podrían deducir “las tendencias más poderosas”, lo cual posibilitaría su comprensión.

Entre las “leyes de la naturaleza humana” existe la propensión a satisfacer las propias necesidades, el interés personal, calificado como “egoísmo” o “amor propio”, cuya existencia no se puede negar ni restarle importancia. Basta, sin embargo, observar a nuestro alrededor, u observarse a uno mismo, para constatar que esta propensión es una más entre otras (como la benevolencia hacia los allegados, la importancia de la familia o del clan, el sentido del honor, de la justicia, etc.) que actúan a menudo contrarrestando el egoísmo.

Las teorías económicas parten pues, prácticamente todas, de un pequeño número de postulados sencillos (derivados de la observación de los comportamientos humanos o de ciertas constantes a un nivel más global) y tratan de deducir de ellos consecuencias reconocibles que puedan ser defini-

das como tendencias en las estadísticas o en las experiencias vividas por nuestras sociedades presentes o pasadas.

El problema, y las divergencias entre economistas, estriba en el gran número de relaciones causales posibles y cuya importancia, por tanto, es relativa. Esto ha originado modelos muy diferentes, en un intento de aclarar lo que pudo suceder en tal o cual lugar, en tal o cual época, pero de ninguna manera útil en todos los lugares o épocas. Claro que siempre existe la esperanza de poder “explicar” por qué las cosas son como son invocando factores que no se tuvieron en cuenta, por ejemplo porque no eran cuantificables. Los economistas son conocidos por la poca fiabilidad de sus predicciones, y también por su capacidad de explicar a posteriori el porqué de sus erróneas recomendaciones, justificándolas en *shocks* o en toda suerte de acontecimientos imprevistos (e imprevisibles).

Una profesión muy solicitada.

Podríamos pensar que la metodología de los economistas es científica ya que intenta explicar algunos aspectos de la realidad, establecer relaciones causales o, por lo menos, deducir determinadas tendencias cuantificándolas mediante estadísticas o bien ya existentes o bien nuevas y elaboradas por ellos mismos. Pero les resulta difícil admitir que su teoría es somera, que la aportación de sus modelos es verdaderamente muy limitada y que en realidad no saben gran cosa; y más aún cuando su profesión está tan solicitada por los poderes públicos y por la sociedad en general, ansiosos por saber cómo son las cosas en un momento determinado y, sobre todo, cómo resolver tal o cual problema (paro, inflación, déficit exterior, etc.)

Y entonces es grande la tentación de “darles la vuelta” a

John Stuart Mill (Foto: Wikimedia Commons)



modelos elaborados de cualquier manera para proporcionar previsiones o consejos. Para ello, y con la ayuda de potentes ordenadores, se acumulan fórmulas matemáticas que supuestamente describen comportamientos cada vez más afinados y tienen en cuenta características sectoriales, regionales y todo lo que se quiera. Esto genera problemas de tratamiento estadístico (cuando los datos son insuficientes para la gran cantidad de variables que se manejan) y también de coherencia teórica (por incompatibilidad entre comportamientos descritos por unas y otras fórmulas). La división de las variables en “explicativas” y “explicadas” es también fuente de debates.

Junto a los que fuerzan e interpretan interesadamente estos modelos en los ministerios, bancos y grandes instituciones internacionales, se encuentran los teóricos que los inspiraron, establecidos sobre todo en las universidades. Al contrario de lo que sucede en las ciencias de la naturaleza, el economista que elabora teorías forma parte de la realidad que desea describir o comprender. Su visión de la sociedad está profundamente influida por el lugar que ocupa en ella, por sus vivencias, experiencias y relaciones sociales. Forzosamente tendrá una opinión sobre “lo que va bien” y sobre “lo que no va bien” y, en consecuencia, sobre lo que debería hacerse para que esto último vaya mejor. Y su opinión condicionará, incluso de forma decisiva, su reflexión y sus investigaciones.

Ante la complejidad de la realidad social escogerá los puntos de partida -los axiomas- de su teoría, para deducir de ellos unos “resultados” y conclusiones. De hecho, con demasiada frecuencia elaborará una teoría con la perspectiva de probar, si es posible haciendo un uso retorcido de las

matemáticas, que sus creencias y opiniones a priori sobre lo que debe hacer una buena sociedad están justificadas. Y es precisamente en ese momento cuando se cae en la pseudociencia, pese a la apariencia honorable que puedan darle las fórmulas matemáticas y las deducciones impecables. Tomemos dos ejemplos significativos.

Modelos absurdos aderezados con complejas fórmulas matemáticas.

Una de las creencias más arraigadas en la mayoría de los economistas es la de que el mercado es eficaz, en el sentido de abarcar todas las posibilidades de intercambio ventajosas para las partes, al menos si no sufre la traba de las regulaciones o de las “imperfecciones” como los monopolios u otros fenómenos del mismo tipo.

Si se examina esta creencia se ve inmediatamente que está lejos de ser algo evidente: cada uno debe buscar socios con los que hacer intercambios, que inevitablemente serán parciales, y negociar los precios de lo que se desea intercambiar, en lo cual se emplea tiempo y recursos sin saber hasta qué límite, si lo hay. En realidad existe un medio para evitar este complejo proceso de resultado incierto: supongamos que existe una entidad central que propone los precios (evitando así los problemas de regateos bilaterales), que las familias y las empresas hacen sus ofertas y demandas con estos precios, que la entidad central coteja globalmente esas ofertas y demandas para descubrir los posibles intercambios ventajosos, y que aumenta los precios de los bienes cuya demanda global es superior a la oferta global mientras que los disminuye en caso contrario. Cuando la entidad central ha encontrado el precio que iguala la oferta y la demanda

Conferencia de prensa para el anuncio del Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel 2008 (Foto: Wikimedia Commons)



a nivel global, llamado “precio equilibrado o de referencia”, organiza entonces los intercambios, en los cuales cada uno aporta lo que ofrece y se lleva lo que demanda a esos precios. Así se elimina claramente la posibilidad de intercambios mutuamente ventajosos, y sin coste alguno pues la entidad central se ocupa de ello. El colmo es cuando los prejuicios triunfan sobre la razón y se presenta este modelo, denominado de “concurrència perfecta”, como el mercado ideal. Solo los iniciados que pueden descifrar sus fórmulas matemáticas saben que se trata de un sistema ultracentralizado, que no tiene nada que ver con la idea de mercado que se suele tener. Para los demás, los manuales y las obras de mayor o menor difusión, este modelo se presenta de manera lo bastante confusa para hacer creer que está “matemáticamente demostrado” que la concurrencia es perfecta porque permite una “asignación óptima de los recursos”. Es tal la fuerza de las creencias, de los prejuicios, que esto se acerca mucho a la estafa intelectual, sea más o menos inconsciente. Sin embargo una buena parte de la teoría económica formalizada se construye alrededor de este modelo y se presenta como la descripción del mercado por excelencia.

Otro ejemplo de aberración, y muy de moda en estos tiempos, son los modelos con “agentes representativos”. En ellos la producción, el consumo, la inversión, el empleo y otros factores de la economía de un país se presentan como resultados de una elección individual, tipo Robinson Crusoe, que concretamente debe decidir cuánto se produce, consume e invierte en un periodo de tiempo. Estas elecciones se compararán con lo que ocurre en un país determinado (Francia, por ejemplo) en lo que se refiere al PIB, el consumo, la inversión, tasas de paro, nivel de precios, en un

espacio de tiempo similar.

El “truco” consiste en dar a los parámetros que caracterizan al individuo ficticio (parámetros que se supone representan sus preferencias y las técnicas de las que dispone) valores tales que sus elecciones se asemejen lo más posible a las evoluciones observadas en ese país. Luego se dirá si se ha conseguido “simular”, si no explicar, lo que sucedió en ese país, como si este se comportase como un único individuo enfrentado de hecho a decisiones de orden puramente técnico, que son por otra parte técnicas matemáticas de control óptimo utilizadas para caracterizar esas decisiones. El “Premio Nobel” que se han inventado los economistas se les ha concedido a varios de ellos por su “contribución” a este sinsentido. Esto es un puro delirio, pero como se presenta adornado con complicadas formulaciones matemáticas pocos son los que se dan cuenta. Entre ellos los hay que han construido su carrera sobre este disparate, y prefieren permanecer discretamente en segundo plano, ¡nadie quiere tirar piedras contra su tejado! Por eso esta farsa, desgraciadamente, ha durado tanto tiempo y corremos el peligro de que dure más aún.

Estudiantes lúcidos cuestionan el sistema.

Cuando algún estudiante que posee algo de lucidez y una buena formación matemática, les señala a los docentes lo absurdo de sus modelos, recibe como respuesta el silencio, el desprecio o la amonestación: “¡o se hace eso o no se hace nada!”. Como reacción a tal actitud, incompatible con el método científico, esos alumnos han creado una asociación, el “Movimiento de estudiantes para la reforma de la enseñanza de la economía”.

